

La democracia frente al retorno de la bandera del nacionalismo.

Ignacio Escañuela Romana.

31 de diciembre de 2018.

La escena política actual está dominada por el nacionalismo que se siente amenazado por el exterior y el interior. Concepto y emoción que dominan toda la política actual del mundo occidental. Sin embargo, no es para nada un fenómeno nuevo. Y, tampoco, va necesariamente conectado al renacer de un neofascismo. Aunque éste también ha vuelto.

Hacer historia carece de sentido político actual, basta recordar que a partir de la Revolución Francesa se generó nacionalismo revolucionario versus nacionalismo tradicionalista. Por un lado, la idea de la ciudadanía que decide democráticamente y se dota de derechos y libertades, frente a la tradición y las élites. Por el otro, el llamado nacionalismo “germánico”: la tradición y la lengua que constituirían un sujeto político ideal y previo a todo sistema político.

En la realidad de la política actual, es el nacionalismo emocional, basado en tradición e historia, el que ha retornado. E inunda los proyectos de la derecha, pero, a menudo, también de la izquierda. Para lograr apoyos, defiende la necesidad de políticas de protección frente a la inmigración. A menudo, une una defensa del proteccionismo con un proyecto contrario al federalismo político y fiscal. Siempre, enlaza esas emociones con un ataque a las supuestas élites políticas, quienes habrían patrimonializado privilegios y se preocuparían sólo por sí mismas, cayendo en la corrupción; frente a ellos, que llegarían con aires nuevos para garantizar los intereses colectivos.

Bueno, aquí estamos. El problema es que la democracia se basa en la resolución racional de problemas en base al debate con fundamentos. El programa político basado en emociones y soluciones sencillas y directas no puede someterse al examen y las pruebas. Y, sin embargo, se trata justo de hacer eso.

El problema radica en que los proyectos emocionales y nacionalistas dominan la escena, cubriendo con un manto de olvido a las cuestiones que nuestras sociedades están justamente enfrentando. En una época de crecimientos económicos inferiores es urgente que demos una respuesta a las desigualdades y un proyecto de unión social. Que se fomente las competencias y excelencia, mas que la sociedad no deje atrás absolutamente a nadie. Encima de una tremenda crisis ecológica que nosotros hemos creado, es preciso compartir esfuerzos y costes para encarar las soluciones. Una especie de “New Deal”.

Aquí estamos, sí. La democracia consiste en encontrar esas soluciones que amplíen nuestros derechos y libertades. Y parte de razones públicas y comunes, donde todos y todas pueden sentarse y debatir con la misma validez. Las emociones nos motivan, pero ninguna de ellas nos da un plus de representatividad política. Cuando debatimos, son sólo los fundamentos que podemos considerar comunes los que importan. Los que podemos pactar con los demás. Éste es el reto, hallar proyectos coherentes que afronten las crisis social y ecológica y comprometan a un amplio consenso social en su aplicación.